

LEOPOLDO DIAZ

—1896—

P o e m a s

ISLAS DE ORO

LA LEYENDA BLANCA

BELPIEGOR



BUENOS AIRES

IMPRESA DE PABLO E. CONI É HIJOS

—
1896

Al Señor Dr

Miguel Cavé-

Homage

Leopoldo Díaz

Poemas

B. A. I. Guerrero

A sus amigos

Oscar Rodríguez Saráchaga

y

Manuel Carlés

EL AUTOR.

ISLAS DE ORO

.

ISLAS DE ORO



Allá lejos... escondidas en los mares;
Tras los velos de la luz crepusculares
Fulgurantes como gemas de un tesoro,
Se alzan mudas, solitarias y dormidas,
En incógnitos vergeles sumergidas
Misteriosas y perdidas,
Las extrañas "Islas de Oro".

Allá lejos... soñadores navegantes
En pos de ellas van intrépidos y errantes
De las pérfidas ondinas entre el coro.
Allá lejos... Todos parten suspirando

Y las móviles llanuras van surcando
Y en delirios contemplando
Las brillantes “Islas de Oro”.

Allá lejos... donde se abren mil senderos
Se encaminan los dolientes marineros,
Y con frases como cláusulas de lloro
Interrogan con el rostro macilento
Á la errante nube azul del firmamento,
Si les lleva el manso viento
Á las rubias “Islas de Oro”.

Allá lejos... lejos... lejos... ¡ Todo en vano!
No revela sus enigmas el Arcano,
Sus secretos no traiciona el mar sonoro.
Y así pasan en la fúnebre Odisca
Los insomnes Visionarios de la Idea :
¡Y un sol mágico chispea
En las glaucas “Islas de Oro” !

ISLA DE LAS FLORES

En la Isla de las Flores, —
Blandos preludios de lira
Y arpegios de ruiseñores, —
En la Isla de las Flores
¿ Quién suspiró ?

Entre los juncos, la luna trémula su luz esparce.
Con impalpables velos de gasa
Visten los lirios de las orillas su frente virgen
De desposada.

¿ Entre los juncos, qué voz murmura con notas breves
El dulce idilio de las nostalgias?
¿ Qué acento dice con notas breves, en la penumbra,
Su serenata ?

Pasan cantando los bateleros, entre los juncos,
Pasan cantando como fantasmas.
Entre los juncos, pasan cantando los bateleros,
En las nocturnas horas sagradas :

— Yo soy el triste soñador que viene
De una región lejana,
Sobre su esquife, entre las crespas ondas
Y entre las brumas pálidas.
Vientos de misteriosas latitudes
Inflan mi vela blanca,
Que parece, en las noches espectrales,
De un serafín el ala.

— ¿ Adonde te diriges, navegante,
Sobre las ondas trájicas ?
Rumbo del Septentrión silban los vientos
Y ruge la borrasca !
¡ Detén, detén la vela, peregrino,
En la risueña playa
De la Isla de las Flores, donde esperan
Las vírgenes que aman !

— Á veces, ay !... en las enhiestas rocas

Que amenazantes se alzan,

En el callado plenilunio miro

Á las Sirenas lánguidas,

Que me tienden los brazos, y suspiran,

Que tiemblan y me hablan !

— ¡ Detén, detén la vela, peregrino,

En la margen dorada

De la Isla de las Flores, donde esperan

Las virgenes que aman !

— Otras veces, un canto de siringas

Con sollozos de flauta,

Dicenme al paso los amores péfidos

Que enloquecen y matan.

Sus sombras intangibles, que se agitan,

Viajeras formas rápidas,

En medio de la noche me acarician

Me besan y me embriagan.

¡ Oh ! yo sé que la muerte, es en su labio

El beso de las ansias,
El beso de las ansias infinitas!
— ¡ Detén, detén la planta,
En la Isla de las Flores, peregrino,
De una región lejana!

— ¿ Al distante país de los Ensueños
Dirigese mi barca?

— En la Isla feliz de los Amores
Echa, barquero, el ancla!

— ¿ La ruta misteriosa que conduce
Al jardín de las hadas,

Es la que voy siguiendo, entre las dulces
Penumbras de la playa?

— ¡ Detén tu esquife, hermoso navegante!
En las riberas plácidas

De la Isla feliz de los Amores
Detén, detén la marcha!

Y cruzan, bajo el tibio plenilunio

Los bellos Argonautas,

Fuertes, gallardos, con la frente erguida

Y la fiebre en el alma:

¡ Soñadores que buscan la imposible
Quimera sobrehumana !

Mil vírgenes desnudas,
Divinamente castas,
Corren por las laderas y las cumbres
De celestes montañas.

Sus cabelleras flotan
Sobre la nivea espalda,
Blondas las unas y las otras brunas
Con reflejos de llama.

Sus rostros ideales
Tienen como una rara
Diafanidad de lirios y de nieve,
De espumas y de ámbar.

Y todas van cantando,
De adelfas coronadas,
El idilio fugaz de los amores
Que brillan y se apagan.

La fronda — de los lagos
Temblorosa pestaña —
Se agita bajo el beso silencioso
De las ligeras áuras.

Y tiembla, allá en el fondo
De las profundas aguas
De los golfos dormidos, el reflejo
De la estrella lejana.

Confusos cuchicheos
De nenúfares y algas
Se extienden en la suave, somnolienta
Penumbra sonrosada.

Y á lo lejos se escucha
Rumor leve de flautas,
En glorietas de mirtos que se inclinan
Sobre las ondas glaucas.

Clemátides, nelumbios,
Narcisos y ninfeas
Extienden, como labios,

Sus flores entreabiertas,
En las desfallecientes
Laxitudes, que vuelcan
Su beleño dulcísimo en las almas
De todos los que llegan,
De todos los que aman,
De todos los que sueñan.

Lento grupo de cisnes
Surcando va las trémulas
Ondas azules de dormidos lagos,
De márgenes desiertas.
Desconocidas cítaras
Preludian en la selva
La frase vagabunda
De un canto de sirenas.
Y, con un ritmo musical, las olas
Van hendiendo las naves que se alejan
Á la luz cintilante
De una límpida estrella.

Los bellos Argonautas
Costeando van las pérfidas

Orillas de la Isla de las Flores :

Y sus esquifes llevan
Las guirnaldas fragantes
De rosas y azucenas,

Tejidas por las virgenes desnudas

Hechas de ambar y luz, de espuma y niebla.

Y corre por los campos

Entre nimbo irisado de falenas,

La eternamente joven

Divina Primavera :

Y á su paso, se yerguen

Las rubias crisantemas,

Como collares de oro,

Las pálidas gardenias,

Las dulces pasionarias pensativas,

Las cándidas tumbergias,

El oxiacanto, á los recuerdos grato,

La capitesa fresia,

Las glicinas azules,

La mórbida camelia,

Los jacintos rizados, parccidos

Al cabello de heráldicas princesas,

El loto misterioso,
Las flotantes campánulas de seda,
Los lirios como copas de alabastro,
La triste madreselva,
La sonámbula “ Reina de la Noche ”,
La amapola bermeja
Propicia á los olvidos,
Y la dalia sangrienta.

Y corlas de vírgenes,
Orladas por adelfas,
Van cantando los últimos amores ‘
En elegías trémulas,
Que parecen sollozos del crepúsculo
En la viola flexible de las selvas.

Un himno triste, á veces,
Se escucha en la floresta
De lilas, que circunda el horizonte.
Un himno que semeja
El acento del náufrago perdido
En la extensión inmensa,
Que atrajeron las Sirtes engañosas.

Á veces, la querrela
Se percibe de un alma desolada
Llorando por las muertas
Ilusiones de amor... Y á la distancia,
Brillar se ve la estela
De los esquifes que á su bordo llevan
Los soñadores tristes
De hermosa faz y larga cabellera.
Y los esquifes hienden
Las aguas traicioneras,
Las aguas cautelosas
Entre el vago temblor de las umbelas.

El tibio plenilunio
Envuelve en su misterio la ribera
Y parece cruzar la sombra errante
De alguna blanca Ofelia,
Que dice la canción de su amargura
Ornando la dorada cabellera
Con miosotis azules,
Y palidas anémonas.

ISLA DE LA FORTUNA

Ailá, en la isla de la Fortuna —
Donde la mágica, silente luna
Brilla en el diáfano cielo turquí —
En el Castillo de las riquezas
Están dormidas las tres princesas
De ojos azules como turquesas,
De alma sangrienta como el rubí.

Gallardas naves aventureras
Avanzan rápidas con las banderas
 Como cimbras,
Que agita el soplo del Septentrión ;
Y se oyen cantos de algún marino,
Que en pos se lanza del vellocino
 Por el camino
Á cuya entrada vela un dragón.

En las riberas donde la aurora
Con fuego líquido las algas dora,
 Deslumbradora
Y esbelta se alza la Torre Azul —
Donde escondido se halla el tesoro
De cien monarcas, y todo el oro
 Rubio y sonoro,
Que de Ofir trajo Gengis-ab-dull.

Al beso rojo del mediodía
Luce fantástica la pedrería,
 Como una orgía —
Y en el misterio crepuscular
Los minarettes y las almenas
Del áurea torre ven las sirenas
Como un incendio sobre la mar.

Escalinatas que los jazmines
Cubren de nieve, van por jardines
 En espiral:
Y flores raras abren sus hojas
Negras las unas, las otras rojas,
Como nacidas entre congojas
O cual funestas flores del mal.

Vagos perfumes lleva la brisa,
Y un opio blando, que se desliza,
Llena las almas de su quietud.
Música suave, lánguidamente
Dicen los parques, donde la fuente
Ritma un alegre de juventud.

En los estanques flota la niebla
Color violáceo, y el aire puebla
De formas blancas una legión,
Como de cisnes que alzan el vuelo
Y á la distancia bordan el cielo
Con una lactea constelación.

Las finas gemas inanimadas
Tienen lenguaje, voz y miradas,
Como en un mundo supra-mortal :
Extraño mundo donde las cosas
Poseen virtudes maravillosas,
Como en la antigua Thule Ideal.

Habla el diamante que el sol irisa,
De la esmeralda verde es la risa,

Roja pupila tiene el rubí ;
Y en torno esparce dulce tristéza
La azul mirada de la turquesa,
Como si un alma latiera allí.

Tiene el zafiro fulguraciones
Que en dicha inundan los corazones,
Propicio el ópalo es al pesar ;
Tiemblan las perlas en el cabello
De locas virgenes y su destello
Secretos dice que oculta el mar.

De enigmas sabe la malaquita,
Que lleva al cuello la jovencita
Como amuleto contra el dolor ;
Las amatistas color violeta
Van murmurando la frase inquieta
De algún poeta,
Y los topacios hablan de amor.

Pasan cantando los Argonautas
Al ritmo lento de dulces flautas,
Bajo la rubia risa del sol ;

Y un viento manso de las riberas
Las velas infla de las galeras
Que tiñe Ocaso con su arrebol.

Velas de púrpura resplandeciente
Como la sangre roja y ardiente
De aquella joven legión audaz —
Que entre las brumas del vasto piélago
En pos se lanza de un archipiélago
Fantasmagórico, traidor, falaz.

Los que á la isla de los amores
Se encaminaron entre fulgores
De adormecida luz sideral,
Llevan esquifes leves de plata
En los que el céfiro sutil desata
Velas de diáfana blancura astral.

Los que á la isla de los laureles
Gozosos parten en sus bajeles,
Y de la gloria marchan en pos —
Van desplegando verdes pendones
Y la fe agita sus corazones,
Y el entusiasmo vibra en su voz.

Allá van todos, por el camino
Que les depara con su destino
La aguja trémula de la ilusión:
En pos, los unos, de la Belleza,
Los otros, ávidos, tras la Riqueza,
Movidos, otros por la Ambición!

A las lejanas Hespéridas
Van los errantes homéridas,
Desafiando el porvenir —
Y sus mensajes propicios
Les traen los vientos alisios
Sobre la mar de zafir.

Cantan las rubias sirenas
Amorosas cantilenas
Sobre florido peñón,
Y entre las olas y el cielo
En rápida curva el vuelo
Tiende fugitivo alción.

Sorprendentes á lo lejos
Bullen dorados reflejos

Como el metal de un crisol,
Y corren por los abismos
Ondulantes espejismos
Que entreteje el mago sol.

¡Ved!... Las rubias Islas de Oro!
Gritan los náuticas en coro,
Con frenética embriaguez.
Pero, el divino miraje,
Arrebata el oleaje
Más remoto, cada vez.

Al beso igneo de la tarde
En los horizontes arde
Como un incendio yeloz,
Y las nubes que se alejan
Rosas de sangre semejan
En la púrpura de un diós.

¡Las soberbias Islas de Oro!
Gritan, otra vez, en coro,
Palpitantes de emoción,
Y siguen con el deseo

El fúlgido cabrilco
De la encantada visión.

¡Y qué honda melancolía
La que á todos invadía!
Cuán amargo el despertar
De los tristes marineros,
En los volubles senderos
Del inexplorado mar !

Entre las olas y el cielo,
En rápida curva el vuelo
Tiende el fugitivo alción,
Mientras cantan las sirenas
El augurio de las penas
Sobre florido peñón :

“ ¡Ay! de la nave, en la bruma,
Que va cortando la espuma
Como flecha de cristal !
¡Ay! de los nautas audaces,
En los dominios fugaces
De la quimera inmortal ! ”

ISLA DE LA GLORIA

— La noche avanza !

Por entre escollos va mi bajel :

Yo soy un hijo de la esperanza

Que llega en busca de su laurel !

— ¿ Qué derrotero

Entre las sombras debo encontrar ?

Yo soy un héroe, soy un guerrero,

Que por el lauro viene á luchar !

— Soy un poeta !

Un visionario y un soñador :

Aspira el lauro mi frente inquieta,

Quiero las palmas del vencedor !

— Soy un artista !

Un sacerdote del ideal :

Sueño del lauro con la conquista,

El rumbo sigo de lo eternal !

.

Y se oyen de pronto mil voces confusas

Que llenan las playas ;

Mil cantos, que dicen las bocas ardientes,

Ardientes como ascuas,

De mil caballeros

Que llegan en busca de glorias soñadas.

Los unos, empuñan clarines de bronce,

Trompetas de plata,

Y van por los bosques rompiendo el mutismo

Con notas extrañas,

Que imitan las voces

De locas fanfarrias.

Los otros, ostentan flotantes penachos

En yelmos de ágata,

Y sacuden los hombros cubiertos

De pieles doradas,

Teñidas con jugos

De exóticas plantas.

Sus huestes reúnen altivos guerreros

De formas gallardas,

Y en las manos agitan desnudas
 Brillantes espadas,
Mientras vibran, rompiendo el mutismo
 De selvas lejanas,
Los marciales clarines de bronce,
Las tronantes trompetas de plata.

 Junto á un golfo de verdes, profundas,
 Somnolentas aguas,
Donde duerme la luna en las noches
 Serenas y lánguidas,
Está el grupo de los Visionarios
 De intensa mirada,
 De labios febriles
 Y de frente pálida.

Es el grupo de los soñadores
 De divinas almas,
Que vibran al roce gentil de lo bello
 Como cédias arpas,
 Al beso intangible
 De celestes ráfagas.

Todos llevan la luz de los astros
 Como aureola trágica,

Y en los hombros, la huella perdida

De dos grandes alas.

Pero, en sus dolientes

Corazones, sangran

Del Arcángel caído los sueños

Y las esperanzas!

Del golfo dormido reposa en los juncos

Que rizan las aguas,

El grupo armonioso de los Visionarios

De intensa mirada,

De labios febriles

Y de frente pálida.

Simbólicas palmas

Inclinan sus verdes

Pabellones amplios: los mártires cruzan

Humildes y fuertes,

Con gotas de sangre de agudas espigas

Orladas las sienas.

Y por sus profundos

Ojos de vidente

Huye la nostalgia de los Paraísos,

Como ave celeste;

Y sobre sus labios
La suave sonrisa del perdón florece.

Fulgurantes yelmos
Circundan la frente
De los paladines bizarros que en busca
De la gloria vienen.
Heraldos fastuosos
Y pajes imberbes,
En el aire agitan
Oriflamas ténues,
Donde el Unicornio fantástico asóma
Y en campo de argento dos leones se yerguen.
Y la muchedumbre desfila gallarda
Bajo los laurcles,
Entre cantos sonoros de triunfo
Que la fronda callada estremecen.

Y los Visionarios
El himno profieren
Que dejó en su boca la Circe traidora
De las embriagueces.
Vestidas con albas

Túnicas de nieve

Huyen sus falaces quimeras forjadas

En horas de fiebre,

Dejando en sus almas —

Heridas por siempre —

El absinto negro de los desencantos,

Y el Hastío, hermano del Ódio y la Muerte.



Honda quietud se extiende
Por el ignoto piélago
Donde reinan la Noche y el Olvido.
Los nautas se perdieron
En la profunda soledad arcana
Donde vela el Misterio
De garfios invisibles, —
Y el fúnebre cortejo
De las Desolaciones, en la bruma,
Agita sus espectros.

Surge de los abismos
Impenetrable y trágico, el Silencio:

Esfinge rara de ojos taciturnos,—

Mientras cruzan el cielo

Las Horas vaporosas,

Como los cisnes negros

En la lámina inmóvil de un estanque. . .

Del rosado crepúsculo al reflejo

Las Islas de Oro brillan

Con resplandor de incendio —

Las Islas de Oro pasan

Como un deslumbramiento, —

Las Islas de Oro flotan

Sobre el oceano pérfido

Entre nimbos de nacar y de niebla,

De púrpura y de fuego !

LA LEYENDA BLANCA

LA LEYENDA BLANCA



Rojos halos que invadís el horizonte
En los vividos crepúsculos de fuego ;
Resplandores de los trópicos distantes
Como llamas pavorosas de un incendio ;
Nube errante que atravíasas el vacío
Como el ala de un arcángel somnolento,
De un arcángel combatido por el Odio,
Desterrado de la Thule del Ensueño ;
Oso triste de los páramos enormes,
Oso mudo de los páramos desiertos,
Que dormitas al arrullo de los antros

Y despiertas al crujido de los tímpanos ;
Soplo frigido de valles misteriosos, .
Vagabundo de los límites extremos,
Que recibes la caricia de los polos
Y conoces el sentido de los Sésamos ;
Foca insomne, centinela de lo ignoto,
Atalaya del peñón siempre en accecho ;
Fuerte albatros que fustigas la borrasca
Con el látigo sonoro de tus remos,
Y la espuma de las glaucas ondas bebes
Y te burlas de las iras de los piélagos ;
En la bruma de los círculos polares
Narraciones de los rudos marineros,
Con el hacha de abordaje á la cintura
Y enigmáticos tatuajes en el cuerpo ;
Narraciones de piratas y forbantes
Donde sangran los fatídicos recuerdos
Con el vivo y acre olor de la matanza,
Con el rictus de los blancos esqueletos : .
La leyenda taciturna referidme,
La leyenda taciturna de los hielos.



En la triste región de las nieves,
En la fosca región de los vientos,
Que ora gimen salmodias extrañas
Ora silban y rugen coléricos,
Audaz se alza un palacio flotante
Sobre frustras mesetas de hielo,
Que parecen sillares tallados
Por titanes en bloques inmensos.
Torrecillas y agujas radiosas,
Cual cimera de dardos aéreos,
Le circundan y surgen sus muros
Semejantes á dólmenes célticos.
Mil antorchas alumbran las salas

Del extraño palacio siniestro
Donde todo enmudece, y tan sólo,
Con profundo, terrible silencio,
Un sombrío monarca se yergue
Sobre fúnebre trono sangriento,
Que sostienen — cariátides torvas —
Dos estatuas: la Muerte y el Miedo.
Á su izquierda, el inmóvil verdugo
Junto al tajo fatídico erecto
Mira al Rey, fijamente, apoyado
En el mango del hacha de acero.
Pieles blancas le cubren los hombros,
Blancas barbas le cubren el pecho,
Y le ciñe la frente rugosa
Una tosca diadema de hierro,
Como víbora negra enroscada
En el áspero tronco de abeto.
Tiene un ojo de ciclope extraño,
Tiene un ojo de ciclope tétrico,
Y una lágrima roja pendiente
En el lívido párpado trémulo.
Cuando agita la lengua de bronce
Su palabra repiten los écos,

Y en la trágica noche, las brumas
En redor del palacio siniestro
Se levantan... y giran... y pasan,
Como ronda callada de espectros.



Una pálida forma se acerca
Como nébula errante de incienso,
Se desliza sin ruido sensible
Con un vago contorno de ensueño.
À la luz que la luna tamiza
Por las altas ojivas de hielo,
La princesa creyérase un lirio
Transformado por hondo misterio,
O la leve falena encantada
Que se yergue de un cáliz abierto.
Tiene grandes pupilas de ágata
Con azules cambiantes eléctricos ;
Tiene el paso hierático y grave

Con que van las vestales al templo.
Parece hecha de nieblas y espumas
Con el raso de todos los pétalos,
Con el ala de todos los cisnes,
Con el alma de todos los besos.
Es un canto la voz en su labio
Y parece, al influjo de un genio,
Encerrar lo divino y lo humano
Como dos hemistiquios de un verso.



Oso blanco de las márgenes salinas,
Taciturno morador de las escarchas,
Oso rey de las estepas cristalinas,
Fiel amigo de las ráfagas marinas
¿ A qué rumbo te diriges ? ¿ Dónde marchas ?

La polar estrella azul reverberante
Ya no acechas tras las brumas, impaciente,
La polar estrella azul, que el navegante
Ve en el norte, como limpido diamante
Rutilando de la noche en la alta frente.

Ya no afilas en el hielo tus colmillos
Que relucen en tu boca cual puñales,

No fulguran ya tus ojos amarillos,
Cuando lucen con sus cuádruples anillos
Las magníficas auroras boreales.

La princesa del palacio silencioso
Ama, y sueña con un príncipe lejano,
Con un príncipe de yelmo luminoso :
¡ Lloro y rugo, lloro y rugo, amante oso,
Que si lloras y si ruges, será en vano !



Está pálida, muy pálida y sombría,
Como lánguido nenúfar, la princesa :
Ha soñado con un príncipe lejano
Rey de una isla solitaria en las postreras
Latitudes de los mares tenebrosos.
Con un príncipe que vaga por la selva
En salvajes potros negros, con las crines
Desplegadas en el aire, cual banderas.
Con un príncipe de grandes ojos claros,
Frente altiva y abundosa cabellera,
Que en los pálidos crepúsculos de otoño
Creyó ver á la distancia, entre las nieblas,
Manejando su trineo centellante

Arrastrado por diez renos de Siberia.
Con un príncipe que canta un himno extraño
Con el ritmo de una vaga melopea,
Mientras corre tras las martas zibelinas
Los azules, raudos zorros de la estepa,
Y al armiño inmaculado, silbadoras,
Van veloces dando caza sus saetas.



Larga noche de diez meses va en el Polo
Sus penumbras pavorosas extendiendo,
Larga noche de diez meses, donde brillan
Cual fatídicas antorchas los luceros,
Cual fatídicas antorchas de un sepulcro,
De un sepulcro cuya lápida es de hielo.
Ya los musgos y los líquenes marchitos
Desde el árido peñón cuelgan sus flecos,
Como fúnebres crespones olvidados
En la tapa ennegrecida de los féretros.
Silban, rugen, las tormentas proteiformes
Bajo el rígido acicate de los vientos,
Y jaurías de famélicos lebreles

Van ahullando en los salvajes ventisqueros,
Y un fantástico ginete va en las nubes
Sobre el ala membranosa de un murciélago,
Á la lumbre de fosfóricos relámpagos
Redoblando los timbales de los truenos.
En legiones, cual las águilas oscuras
Avanzando de los últimos linderos,
Corren nieblas fugitivas. Un sudario
Extendido sobre el mundo son los cielos,
Y cual mónstruos que las olas arrebatan
Y que giran sobre círculos concéntricos,
Van pedazos de montañas desprendidos
Como náufragos bajeles gigantescos.



Rompe, á veces, el mutismo
De la lívida comarca
Una voz, como el suspiro
De una cítara lejana,
Que en las móviles neblinas
Transfuma vapor de lágrimas.
Un acento que dijérase
Impregnado con el ansia
Nebulosa, y el ensueño
Del país de la nostalgia.
Es la princesa que sufre,
Es la princesa que canta
La canción de los hastíos

Es la princesa Yolanda,
Que dice el *lied* de los sueños,
Y con sus dedos de nácar
Hace estremecer las cuerdas
Melancólicas de un arpa,
Como aquellas esculpidas
En las hayas centenarias,
Que hicieron gemir los últimos
Viejos bardos de Finlandia.



“ Pregunto á las olas
Errantes y solas,
Si han visto un esquife
Surcando la mar ;
Las olas huyendo
Responden gimiendo :

— De míseros nautas dirá el huracán !

À tierras ignotas
Las blancas gaviotas
Retornan, buscando
La bruma glacial.
Las aves se alejan

Veloces, y dejan
Agudos graznidos de espanto al volar...

El grito lejano
Del rónico oceano
Funestos augurios
Parece entonar ;
Sollozan los vientos
Con vagos lamentos :
¡ Las naves que parten, no vuelven jamás !

Y nieblas, y mares, .
Evocan pesares,
Tristezas esconde
La espuma fugaz ;
Extienden los cielos
Fatídicos velos,
viste la noche su manto espectral !”



Un sol lánguido, difuso, mortecino,
Se abre en lo alto, cual un ojo somnolento:
A sus rayos el paisaje cristalino
Reverbera como lago diamantino,
Que recuerda los tesoros de Aladino
Y las gemas del Endriago azul del cuento.

Perspectivas solitarias, silenciosas,
Dan la imagen sugestiva de lo eterno,
Con auroras boreales prodigiosas
Y fantásticas parhelias vaporosas,
Que semejan sideral lluvia de rosas
En la frente encanecida del invierno.



Cuentan los viejos lobos marnios en sus yeladas,
Cuentan los viejos lobos marinos que, allá en el Polo,
Lánguidamente, sus abanicos agita Eolo
Sobre praderas embalsamadas,
Praderas vírgenes, en donde sólo,
Duendes y gnomos el musgo inclinan con sus pisadas.

Que hay un mar libre, — cuentan los viejos lobos marinos,
Que hay un mar libre, — sin tempestades y sin horrores,
Y en sus riberas yérguense alcázares elefantinos,
Con cien columnas de marfil blanco sobre las flores.

Cuentan los viejos lobos marinos que la fragancia
Sentir creyeron de capitosos raros pensiles,
Que se esfumaron, como por arte de nigromancia,
En las ligeras brumas sutiles
Cuyos girones sicmbran los vientos á la distancia.

¿ Fué de los viejos lobos marinos una quimera
Forjada en tristes horas siniestras de desencanto,
Ó la nostalgia de tibios soles de primavera
En las adustas noches polares, llenas de espanto ?



Allá, en lo alto del palacio silencioso, la princesa
Con su pálida hermosura sumergida en el misterio
De la luna, que la en vuela con su encaje vaporoso,
Como un ópalo irisado que ilumina el firmamento,
La princesa está soñando en el príncipe que adora —
Con el príncipe lejano de la región de los sueños,
Rey de una isla solitaria sepultada entre las brumas
En los últimos confines del inexplorado piélago.
Con el príncipe que ciñe los flotantes rizos rubios
Con la fimbria luminosa, resonante de su yelmo,
Y que viene de remotas latitudes insondadas
Devorando las estepas en su rápido trineo.
Diez rengíferos agitan las campánulas de plata,

Las campánulas de plata suspendidas en sus cuellos
Y azuzados por la fusta, mueven ágiles los cascos,
Azuzados por la fusta que maneja el caballero —
Mientras canta un himno runo, y á compás de sus estrofas
En las mudas soledades va despertando los ecos :



“ Los guerreros,
Los guerreros del Walhalla luminoso
Como espigas en los surcos van cayendo :
De la encina de Igrassil entre las hojas
Se oye el áspero graznido de los cuervos.
De los hijos de la bruma
Resplandecen los escudos y los yelmos —
Mientras pasa el hidromiel en cuerno de oro
Y fulguran las espadas de los bárbaros guerreros .

“ Roja sangre,
Roja sangre brota á chorros de los pechos
Y el feroz Odin sonríe en su palacio,

De las anchas cicatrices de los muertos:
Y parecen las heridas del combate
Rojos labios entreabiertos —
Y el feroz Odin sonríe en su palacio
Escuchando el himno ronco de los pálidos guerreros.

“Caen las sombras,
Caen las sombras como paños cenicientos,
Y olfateando por la estepa van los lobos
Convidados al festín de los espectros.
Con los brazos formidables extendidos,
Taciturnos y siniestros —
Con los ojos entornados y bravlos
Yacen mudos, en hileras, los fantásticos guerreros”.



La princesa desde lo alto del palacio silencioso
Vé avanzar, entre las brumas, rapidísimo trineo,
Que parece un albo cisne deslizándose en la espuma,
Que parece un albo cisne de la nieve á los reflejos:
— Allá viene!... la princesa dice trémula de gozo,
Entrelaza con marinas verdes algas su cabello,
Baja en raudas espirales cien peldaños, y en la frente,
Y en los ojos, y en los labios, besa al príncipe viajero.
— “ ¡Oh! ¡ mi pálida princesa, la de pupilas de ágata!
¡Oh! ¡ mi virgen prometida, lirio cándido del yermo!” —
Y doblando la rodilla, la contempla, largamente,
El príncipe enamorado de la Thule de los sueños.



Es la noche de las bodas. Se oyen músicas alegres.
El palacio se ilumina. Se oyen músicas extrañas.
En su trono, como un ídolo, entre picles deslumbrantes
En su trono, como un ídolo, está el lívido monarca.
Brilla el ojo en su ancha frente, como lágrima de fuego,
Como roja estalactita sobre el borde de una fragua ;
Brilla el ojo en su ancha frente, y en el puño agita un cetro
Que parece la desnuda lama tersa de una espada.
La princesa viste un manto de hiperbóreas zibelinas
Y en profusas, crespas ondas, cae su cabellera de ambar,
Cual un nimbo de oro virgen — luce fúlgida diadema
Que, sobre un aspid de acero, cierra una sola esmeralda.

Viste el príncipe gallardo suave túnica tejida
En la rueca de las Willis con finos hilos de plata ;
Luce al flanco agudo estoque, y al cinto lleva pendiente
Un puñal en cuyo pomo brilla un carbunclo de llama.



Oso blanco, en qué meditas ? Por qué ruges ? Por qué tiemblos
Como el pino estremecido por las ráfagas heladas ?
Por qué gimes, y en el fondo de tus ojos amarillos
Cruzan fosfóricas luces, como enloquecidas ascuas ?
Por qué corren de tus ojos, como azufre derretido,
Gotas hirvientes del llanto que calcina tus entrañas ?
Por qué oprimes en la roca tus riñones formidables,
Por qué afilas en la roca tus agudas, fieras zarpas,
Y son roncós y profundos los gruñidos de tus celos
Y parecen jabalinas tus melenas erizadas?...



Rápido el oso imagina
Su venganza. Con aliento
De titán enfurecido
Hunde las garras, colérico,
Del palacio en las enormes
Frustras mesetas de hielo ;
Sus colmillos, cual puñales
Clava en los duros cimientos,
Y las músicas alegres
Que conduce el vago viento
En él aumentan la horrible
Fiebre voraz de los celos :
Y redoblan sus angustias,

Y redoblan sus esfuerzos,
Y en él rugen los furorés
Inextinguibles, eternos,
De un demonio encadenado
En el fondo del infierno !



Ved!... los altos muros tiemblan !... Se oyen ásperos crujidos ;
Se oyen coros de terribles maldiciones y amenazas,
Voces trémulas de angustia, gritos trágicos de ira,
Y lamentos que asemejan dolorosas carcajadas.
Ved!... los altos muros tiemblan!... Y el palacio se derrumba,
Con estrépito en las mudas, en las tristes ondas glaucas.



Brilla exangüe el plenilunio con el rostro de una muerta.
Sólo turban el silencio los ptreles y las alcas,
Y las morsas, que se ríen por sus dos colmillos largos,
Como el huso de las brujas esquimales de Groenlanda.
Cruzan voces nunca oídas, cruzan susurros ignotos,
Que dijéranse apagados balbuceos de fantasmas...
Extendido sobre un témpano, melancólico y adusto,
Extendido sobre un témpano semejante á una mortaja, —
Torva esfinge de los hielos acechando el horizonte
En las lúgubres, silentes, pavorosas noches árticas,
Está el oso enamorado de la divina princesa
Amargando el mar salobre con el nitro de sus lágrimas.



Se alza, á veces, del obscuro fondo insomne del abismo
El tañido quejumbroso de invisibles campanarios,
Que parecen siderales armonías misteriosas
Ó la voz de alguna estrella, que en el cielo está cantando.
Y se ve surgir — envuelto por unánimes alburas —
Como surgen los nelumbios temblorosos de los lagos —
En el rosa moribundo de las lontananzas gélidas
Como el alma de las nieves ascendiendo en el espacio,
Un gran ángel, con las alas luminosas extendidas,
Un gran ángel, todo blanco... todo blanco... todo blanco.

BELPHEGOR



Era gallardo y animoso. Un día
Miró un Águila blanca que partía
Rumbo del Septentrión. Con rauda vuelo
Cruzó el Águila blanca por el cielo
Teñido en luz crepuscular. Un velo
De roja sangre era el poniente. Rosas
Deshojadas, cayendo vaporosas
Inundaban los diáfanos confines.
Las nubes, como errantes seralines,
Vagaban al azar en la vislumbre
Postrera de la tarde. Ténue lumbré

Irisaba las nieblas vespertinas
Con sus encajes de ópalo. En las ruinas
Reinaba alto silencio. Taciturno
Con sus anillos mágicos, Saturno,
En la bóveda inmensa fulguraba.
La noche sus antorchas incendiaba.
Como blancas y lentas procesiones
Desfilan, por lo azul, constelaciones :
La cruz austral, serena y misteriosa,
Canope del barquero, y la grande Osa.
En el zenit, como feroz pupila,
El astro triple — Aldebarán — cintila,
Rojo, á veces, de un rojo de escarlata,
Y otras veces, de azur. Y otras, de plata



— ¡Águila — dijo el Héroe — si pudiera
Volar contigo! . . . Si me fuera dado
Llegar al ignorado
País de la Quimera!
Tocar de un aletazo la ribera
Del gran Desconocido,
Como nave ligera
Abordando las playas del olvido!
Rasgar del más allá la densa bruma,
Apagar esta sed que me devora:
Ser aipo sutillísimo de espuma,
Ser irisada nébula de aurora!



El Águila ascendió con la revuelta
Plumazón erizada y fulgurante...
Y allá, del fondo del azul distante
Se lanzó, como flecha silbadora,
A las plantas del Héroe. Y repitieron
Las ondas su graznido penetrante :

Y Belphegor y el Águila partieron .



El Águila tendió la curva enorme
De su vuelo triunfal... Resplandecía
El nuevo sol en los erguidos montes,
Y en dorado raudal la luz caía
Bañando los remotos horizontes.
Y vagaron un día, y otro día,
Y una noche, y cien noches,
 Y el viento por doquiera
 Como domada fiera
 Ahullando les seguía.
Y vagaron... vagaron... Torbellinos
De nubes hormigearon á sus plantas,
Y ateridos, inmóviles, los pinos

Se irguieron en las fúnebres gargantas
De los ásperos montes. Y cruzaron
Por la cumbre magnífica que horada
 La cúpula del cielo,
 Como una enorme espada
 Que allí dejó clavada.
Un gran Querub al remontar el vuelo.



Y el Águila voló sobre las cumbres
De los hirsutos, congelados montes
De Escandinavia. Y en los crespos mares
Que ruedan á lejanos horizontes
Y rugen sus pesares
En escarpadas rocas — frente á frente
Al oceano inmenso y desolado,
De un abrupto peñón en la pendiente
Se detuvo su marcha. Fatigado
El Héroe reposaba... Y las Visiones
Llegaron á su obscuro pensamiento.



Su alma confusa dormitaba... El viento
Dejaba en los cipreses
Un extraño lamento.

Circuida en nebulosas palideces
Llegó una forma blanca, con un nimbo
De ultraterrestre resplandor. Surgía
Como de un vaho de misterio y bruma
Y alta la frente sideral traía
Ungida en luz plenilunar. De espuma
Sutil era su manto, cual un sueño,
Y llegó hasta su lado, lentamente,
Y le reconoció. Y era el Ensueño.



Desde el último límite distante
Del ignoto país de la tristeza
Llegó una forma errante.
Marchaba sin rumores. Su cabeza
Ornada de amapolas y de lirios
Transpiraba la pálida belleza
Que dan los ataúdes y los cirios.
Marchaba sordamente. Era su paso
El de una evocación. Alas de sombra
Eran sus alas trágicas. Venía
Con sus manos translúcidas y vagas
Esparciendo quietudes somnolentas,
Y con el labio gélido oprimía

Agostadas corolas macilentas.

Llegó á su lado. Le besó en silencio

Con su beso fatídico é inerte,

Y le habló sin palabras. Y fué suyo,

Y le reconoció. Y era la Muerte.



Con el gesto angustioso
De un dolor terebrante
Y el paso cauteloso,
Se aproximó una forma vacilante.
Era su rostro lívido. Sus manos
Se agitaban convulsas y crispadas,
Y en el rictus siniestro de su boca
Se leía el terror de las espadas.
Y vió que se erizaban sus cabellos
Como puñales rígidos. El llanto
De un sibilino monstruo miró en ellos:
Y le reconoció. Y era el Espanto.



Con rumores de espuma y de oleaje,
Bañada en limpio resplandor de nieve,
En la túnica blanca de un celaje
Llegó una forma luminosa y leve.
En sus ojos extraños y profundos,
En sus ojos extraños y dormidos
Había como el alma de otros mundos
Y fulgores de sueños esparcidos.
Era su voz un himno. Su palabra
Era música y luz, canto y perfume :
Su carne era del mármol que se labra,
Su espíritu, del fuego que consume.
Y le dijo el Amor:

“En el lejano
Jardín del Ideal, allí florece
La mística azucena del Arcano;
Y tu alma — lirio enfermo — palidece !



Y el Ensueño, la Muerte y el Espanto
Le besaron los ojos,— y al oído,
Con voz que era la sombra de un sonido,
Con voz que sombra de rumor parece
Huyeron murmurando : — Es un vencido!
Y el Amor respondió : — Me pertenece!



De pronto el Héroe despertó...

La noche

Bañada en luz lunar, resplandecía,

Y en lo más hondo del azur el broché

La hirviente flora sideral abría.

El Héroe dijo al Águila : — Partamos! —

Y el rumbo hacia regiones ignoradas

Que la planta mortal nunca sintieron,

Por cima de las ondas encrespadas

À remotas Atlántidas tendieron.



La princesa Stella con su blanco traje,
Con sus ojos verdes como alga marina,
Parece un capullo de nevado encaje
Surgiendo en la ténue penumbra opalina.

Rojos sus cabellos, como el oro rojo
De los Nibelungos, bajo el sol destellan,
Como las espigas del áureo manojó
Que los segadores estivales huellan.

En torre vetusta de feudal castillo
Donde el nigromante su astrolabio mueve,

La divina Stella coloca el anillo
De azules turquesas en su mano breve.

Pero vieja zingara le dió un filtro ignoto
Como el amuleto de los desengaños,
Y quedó encantada cual la flor del Loto
Que abre una vez sola por cada cien años.

Belphegor, que incuba los extraños sueños
De los soñadores de miradas hondas,
Ama la princesa de los pies pequeños
De los verdes ojos y las trenzas blondas.

Y el Héroe gallardo se ciñe la espada
Que en druidico yunque laminara un gnomo,
En la sangre ardiente de un dragón templada
Y con un carbunco vívido en el pomo.

Y descuelga el arco de las raudas flechas,
El carcaj de plata, y el clarín sonoro,
Y el laud que canta las suaves endechas
Á la princesita de cabello de oro.

Porque el nigromante de feudal castillo
Sabe — de los astros por oculto imperio —
Que la blanca Stella fué á velar su anillo
En la impenetrable selva del Misterio.

Las virtudes sabe de las raras gemas,
Sabe lo que dice la piedra preciosa,
Del igneo crisólito los mudos emblemas,
El ópalo mágico y la perla rosa.

En negras redomas concentra los zumos
De atroces venenos, de filtros y hechizos,
Y en cien alambiques destila los grumos
De los burbujantes calderos cobrizos.

Mira en las tinieblas, oye á la distancia,
Penetra el enigma de todo elemento :
Los secretos sabe de la Quiromancia,
Las artes conoce del Encantamiento.

Y es el nigromante de feudal castillo
Quien — de las estrellas bajo el mudo imperio —
Sabe que fué Stella, por velar su anillo,
A la impenetrable selva del Misterio.

Por arte de magia de un pérfido endriago
La divina Stella quedó prisionera
Junto al agua triste de dormido lago,
Que con aire fosco guarda una quimera.

De la vasta selva los negros confines
Atraviesa el Héroe varonil y fuerte
Con la noble audacia de los paladines,
Con el firme intento de domar la muerte.



Semejante á un monstruo que agita en la bruma siniestra

La garra,

La profunda selva del Misterio extiende sus horribles

Ramas,

Y sube ó descende

En torcida espiral hasta donde se esfuma en un manto

De nieblas opacas.

Amapolas negras y rojas se yerguen y ondulan cubriendo

La entrada ;

Amapolas rojas y negras que esparcen efluvios de sueños,

Y amapolas blancas

Donde las bilingües serpientes enroscan sus negros anillos

En volutas extrañas.

Y son las bilingües serpientes que enroscan sus negros anillos,

Las que dicen al Héroe que pasa :

— Bienvenido á la selva del hondo Misterio insondado

En la fúnebre noche que avanza —

Bienvenido el Héroe que llega ostentando su clarín de bronce,

Y el arcó, las flechas y el carcaj de plata !



Belphegor penetra, callado y solemne, blandiendo su fúlgida

Espada ;

Y las hojas crugén en silencio. Enormes vampiros batiendo

Las alas,

Y buhos de grandes pupilas de fuego, se acercan, y giran,

Y pasan,

Con vuelo silente. Y flotan los vagos terrores, como aves

Sombrias y trágicas ;

Y cruzan y flotan, en círculos amplios, legiones de mudos

Fantasmas :

Ensayando con lento compás taciturnas figuras

De herméticas danzas,

Al eco apagado y distante de un címbalo ronco,

Las negras tarántulas,
Mientras tejen sus telas enormes con mil arabescos
Y cifras macabras,
Que parecen las letras escritas por silfos y gnomos,
Por duendes y driadas,
En el duro tronco de la vieja encina que cuenta mil años,
En el duro tronco de la vieja encina que mella las hachas.



Y van los vampiros, y vienen los buhos, mostrando redondas

Pupilas de llamas,

Y cruzan las sombras ligeras de leves figuras

Calladas,

Que deslizan sin ruido en el musgo los pliegues de sueltas

Mortajas...

Por entre las hojas de erguidos abetos se filtra en manojos

Una luz extática,

Que da á los objetos el contorno inmóvil

De esfinge callada.



Flota el aire denso de una pesadilla
Bajo los cipreses rígidos, que trazan
Sobre el césped húmedo
Sus sombras escuetas, finas y alargadas.

El Héroe prosigue por densas penumbras
Su marcha,
Hasta donde un lago de traidoras, tranquilas, profundas,
Soñolientas aguas,
Extiende sus muertas corrientes bajo un manto flexible
De lianas.
Una fosca Quimera, en sus márgenes
Corre entre espadañas :
Y se acerca el Héroe, clavando en sus ojos de fuego
La tenaz mirada.



De pronto, da un grito Belphegor—un grito

Que repite la selva encantada :

— “¡Muerta! ¡Muerta! ¡Muerta! Mi dulce princesa! Mi Stella!
Mi princesa pálida !”

Y los ecos repiten el hondo lamento de espanto,

Y los árboles negros agitan sus silentes ramas,

Dejando correr sobre el rostro de la exangüe virgen

Las hojas que lloran, con sordo gemido, sus sangrientas lágrimas.

Belphegor le besa, por la vez postrera, la frente divina,

Le besa los verdes ojos semejantes á marinas algas,

Y los rizos rojos, como el oro rojo de los Nibelungos,

Ciñe con nenúfares

Que abren sus corolas en la superficie de las muertas aguas.

Y al salir de la selva profunda del hondo Misteric
Vé las contorsiones de una Salamandra,
Y escucha el lamento que gime en la noche
La oculta Mandrágora.



Belphegor dijo suspirando :

“ Hermana!

Condúceme de nuevo á la lejana

Cresta batida por hirvientes olas ;

Donde las playas solas

Dialogan con el mar enfurecido,

Que ruge y salta, como león herido

Por el robusto cazador... Un viento,

Un viento fiel empujará tus alas ;

Y el igneo y rojo sol—monarca ciego—

Veremos sepultarse

En su sangrienta clámide de fuego.

Llévame, llévame junto al oceano

Desenfrenado y hosco, donde escuche
Mi dolor sobrehumano,
Donde se yerga y luche
Y diga en su rugido : “ ¡Ven, hermano ! ”

.



Tendió el Águila blanca el impoluto
Plumaje, con pausado movimiento,
Y era, al hundirse en el azul radioso,
 Como un esquife lento
Surcando el vaporoso
 Firmamento.



Llegaron.—Del peñón sobre la ruda
Sien calcinada, se detuvo el Héroe,
Y quedó silencioso
En el éxtasis vago de un Ensueño,
Flotando sobre el piélagos brumoso
La imagen intangible de su sueño.

Y creyó ver alzarse
Como niebla fugaz de un espejismo,
Á la querida sombra, y sepultarse
Después en la penumbra del abismo.

Y una voz como el canto
De músicas lejanas y perdidas,

Llegó á su oído, en notas como llanto
De arpas celestes por el viento heridas.

Las olas le trajeron
Misteriosos mensajes,
Y su labio febril humedecieron
Espumas de salobres oleajes.

Los viejos egipcios
Y los monstruos marinos,
Le hablaron con acento de huracanes
En estrofas de acordes sibilinos.

Y el albatros gigante de la bruma
Con su ala enorme le rozó la frente,
Y fué trazando en la salobre espuma
Rápida estela su volar potente.

Llegaron de los últimos confines
Saltando en leve ronda
Los ágiles delfines;
Y los curvos, ligeros hipocampos,
Que la luz baña en fugitivos lampos
Y agitan, al nadar, húmedas crines.



Y — “Belphegor, despierta!” — le gritaron
Aves y monstruos, huracán y abismo,
Y los ecos errantes contestaron :
“ ¡Despierta, Belphegor!...”

De su mutismo

El Héroe despertó... Con la mirada
Vuelta á su propio sér, halló en sí mismo
Un oceano de sombra... Y sombra... Y nada.

.



— “ Hacia el hondo espacio

Llévame, oh hermana!

Surquemos los vagos abismos sin término

Donde olvide todo sufrimiento el alma ! ” —

Así dijo el Héroe . . .

La altura infinita

Surcando va el Águila,

Rasgando las nieblas del éter dormido

Con el filo ondeante de sus corvas alas.

El Héroe le grita : “ ¡ más alto! . . . ¡ más alto! ”

Y en vértigo escalan

Las aéreas cimas

Donde todo lamento se apaga,

Y se pierden allá, donde todo
Se esfuma en un nimbo de niebla azulada.

Y suben... Y suben
En su loca marcha,
Y sobre su frente las constelaciones
Brillan como lácteas
Camelias abiertas sobre el terciopelo
De la noche profunda y callada.



De pronto, al vacío
Belphegor se lanza,
Como ave que rompe la prisión oscura
De su estrecha jaula.
Terrible graznido
De dolor y rabia,
Dió el pájaro enorme — y al Héroe, tres veces
Suspende en la garra,
Que cierra con furia
Como dos tenazas,
Y de los cabellos recoge tan sólo
Un áurco manojó de fibras doradas.

Y fueron cayendo,
Cayendo en la nada,
Al fulgor extraño
De la luna rara, —
Que entre dos girones de nube surgía
Con su doble cuerno, sobre una montaña, —
Y fueron cayendo,
Cayendo en la nada,
Como dos visiones,
Como dos fantasmas,
Como dos espectros formando una sombra,
El Héroc,
Y el Águila...



Y cayó, con siniestro chasquido
De cien fustas hiriendo una espalda,
Belphégor, en el piélago torvo,
 De negras entrañas.
 Las olas abrieron
 Sus honduras trágicas —
Donde cruzan los mónstruos macabros
 De una horrenda Fauna —
Y tejieron un blanco sudario
 De espumas de nácar,
Y lloraron sus lágrimas verdes
 Las móviles algas ;
Y encrespó sus melenas hirsutas
Rugiendo y aullando, la negra borrasca.



La noche caía...

La noche, cual hosca pantera, venía

Con paso felino por el manto denso

Que la sombra callada tendía.

Hendiendo las nieblas del éter inmenso

El Águila blanca y enorme surgía

Como vaporoso celaje suspenso

En las vaguedades de la lejanía.

Y con los pinceles de supremo artista

La luz en el cielo forjaba un tesoro:

Cortinajes leves de azul y amatista

Y esbeltas columnas de pórticos de oro.

La noche ceñía sobre su alta frente
Una fulgurante corona de llamas:
Y era la incendiada bruma de Occidente
Dragón gigantesco de rojas escamas.



